

declaracion y protesta. Los principios de justicia, de orden y moralidad que á los Príncipes incumbe sostener y defender para la seguridad de los tronos, hacen esperar que se pondrá un dique al espíritu usurpador que atropellando las leyes por medio de un ejército lleva el desorden á los otros Estados, para consumir un despojo en perjuicio de la legítima soberanía. No menor confianza inspira al Santo Padre la consideracion de que será atendido el grito de los millones de católicos esparcidos en todos los reinos, que reclaman contra la angustia y la calamidad á que se ve reducido el Padre comun de los fieles.

«El que suscribe aprovecha esta oportunidad para confirmar á V. S. en su distinguida consideracion.—G. Antonelli.

Cuando el cardenal Antonelli dirigió á las potencias la protesta que se acaba de leer, no se habia librado todavía la gran batalla, bien que todo anunciaba haber llegado ya su víspera.

Pro IX con su paternal solicitud atendió al bien espiritual de sus defensores, y á este fin escribió una muy tierna carta al Ilmo. Vincent, arzobispo de Nisibi, vicario general de las tropas pontificias, en la que despues de lamentarse cordialmente de la situacion creada por los enemigos de la Santa Silla, y de haber descrito el carácter y siniestras intenciones de los impíos invasores, decia: «En vista de la desenfrenada perversidad de tales impíos, de nuestra situacion deplorable, y de una necesidad ineludible, y si bien no podemos dudar un solo momento del triunfo de la Iglesia, no podemos borrar de Nos el triste presentimiento de que los caudillos y soldados de nuestro ejército deberán arrostrar graves peligros y venir á las manos con unos enemigos audaces, maestros en el arte del crimen y del dolo. Por esto Nos hemos creido deber fortificar desde luego el ánimo de nuestro valiente ejército, que combate por la causa de la Iglesia y de la Santa Silla, deparándole toda clase de socorros espirituales. Esta es la razon, venerable hermano, que nos mueve á escribiros la presente, por la que, en virtud de nuestra facultad apostólica, os damos á vos y á todos los sacerdotes y vicarios de nuestro ejército el privilegio de conceder en el acto de la Confesion sacramental indulgencia plenaria *in articulo mortis* á cada uno de los jefes y soldados de dicho ejército. Además, acordamos á dichos soldados y jefes la gracia de que ganen dicha indulgencia, pronunciando el nombre de Jesús y de María, ó con los labios ó con el corazon, en el caso de no poder ser asistidos por un sacerdote.

«Confiamos que la causa de la Iglesia obtendrá esta vez como todas un brillante triunfo sobre sus enemigos, y entonces Dios, justo y misericordioso, ó bien se dignará atraer al camino de la salvacion á los millares de hombres que de él se han alejado, como continuamente y con insistencia se lo pedimos, ó bien herirá, aplastará y exterminará en la indignacion de su cólera estos nuevos Senacheribs...

«Que el Dios de los ejércitos, en cuyas manos reside la victoria, que comunicó á David una fuerza prodigiosa para abatir al soberbio Goliath y acordó á Judas Macabeo el triunfo sobre la ira de los gentiles, derrame desde el alto cielo sobre el jefe superior de nuestro ejército, y sobre todos sus generales y soldados, las gracias y el valor necesarios para defender con éxito la causa de la Iglesia y de esta Silla apostólica, para perpétua vergüenza de los enemigos de la Cruz de CRISTO, de la fe y de la religion católica...»

Esta carta es testimonio del sincero afecto que Pro IX profesaba á sus de-

fensores; sin embargo, Víctor Manuel, faltando á todas las reglas de la caballeridad, les calificó de vergonzosa manera. El rey de Cerdeña ultrajó lo que el Papa habia bendecido.

Á los soldados piamonteses que lanzaba á invadir las sagradas posesiones del que era, segun decia, su padre en la fe, el Rey les decia: «Soldados, vais á entrar en las Marcas y en la Umbría, para restaurar el orden civil en las ciudades desoladas, y para dar á los pueblos la libertad de expresar sus propios votos. No habréis de combatir ejércitos poderosos, tendréis solamente que libertar aquellas desgraciadas provincias italianas de la presencia de compañías de aventureros extranjeros. No vais á vengar injurias inferidas á mí ó la Italia, sino á impedir que los odios populares se desencadenen sobre los opresores.

«Vosotros enseñaréis con vuestro ejemplo el perdon de las ofensas y la tolerancia cristiana á los que comparan el amor á la patria italiana, al islamismo. Estando en paz con todas las grandes potencias, ajeno á toda provocacion yo pretendo conseguir que desaparezca del centro mismo de la Italia una causa continua de perturbacion y de discordia; yo quiero respetar la Silla del Jefe de la Iglesia, al que estoy siempre dispuesto á dar, de acuerdo con las potencias amigas y aliadas, todas las garantías de independencia y seguridad, que sus ciegos consejeros han esperado en vano del fanatismo de la secta malvada, que conspira contra mi autoridad y contra la libertad de la nacion.

«Soldados, se me acusa de ambicion. Sí, yo tengo la ambicion de restaurar los principios del orden moral en Italia, y de preservar á la Europa de los continuos peligros de revolucion y de guerra.»

El lenguaje de la anterior proclama es á todas luces cínico. Los islamitas eran mucho mas dignos que los piamonteses, pues no enmascaraban su símbolo religioso con el carácter de un cristianismo hipócrita. Años y mas años estuvo esperando Víctor Manuel que las provincias pontificias se sublevaran, y á pesar de todos los emisarios y de todas las gestiones secretas y vergonzosas, los pueblos permanecian fieles á la soberanía del Papa. Repugnábale al invasor dar el escándalo inaudito de combatir con las armas á un soberano así indefenso; empero, iba arraigándose en su alma la seguridad de que si él no iba á las provincias del Papa, aquellas provincias jamás irian á los brazos de los *redentores de la Italia*.

El general Cialdini, comandante del cuerpo de ejército invasor, publicó una orden del dia, que le hizo para siempre funestamente célebre.

«Soldados del cuarto cuerpo, decia; yo os conduzco contra una banda de aventureros, á quienes la sed del oro y el deseo del pillaje han llamado á nuestro país.

«Combatid, dispersad inexorablemente á estos miserables sicarios; que sientan por vuestra mano la cólera de un pueblo que quiere su nacionalidad y su independencia.

«Soldados, Perucia clama venganza, y aunque algo tardía, la obtendrá.»

Es decir, Víctor Manuel y Cialdini calificaban de *indignos aventureros*, de *secta malvada*, de *miserables sicarios*, de *sedientos de pillaje* á las tropas que el Papa bendecía, á los soldados y jefes objeto del cariño especial de Su Santidad.

El que tomaba lo ageno calificaba de pillo al defensor del legítimo propietario.

¡Oh rey de Cerdeña, cuán digno de compasion eres!

Posees hoy á Roma, verdad es, ¡empero cara te cuesta esta posesion transitoria! aunque no creas en el juicio de Dios, si crees en el juicio de la posteridad ¡ay desventurado Rey de Cerdeña! al despedirte de esta vida, al entrar en el dominio de la historia tendrás que bajar la frente, porque las generaciones imparciales verán grabados en ella estos terribles epítetos, que lanzaste contra inmaculadas almas que vendrán á ser una corona de llamas que carbonizará hasta la consumacion de los siglos la reputacion á lo menos de tu probidad política. ¡Pues qué! ¿calificará la historia de algo mas que de una aventura tu conquista? ¿de un pillaje tu invasion? ¿y pasarán por menos que por sicarios y malévolos conjurados los hombres que se agruparon á tu bandera de asalto (1)?

Sigamos historiando.

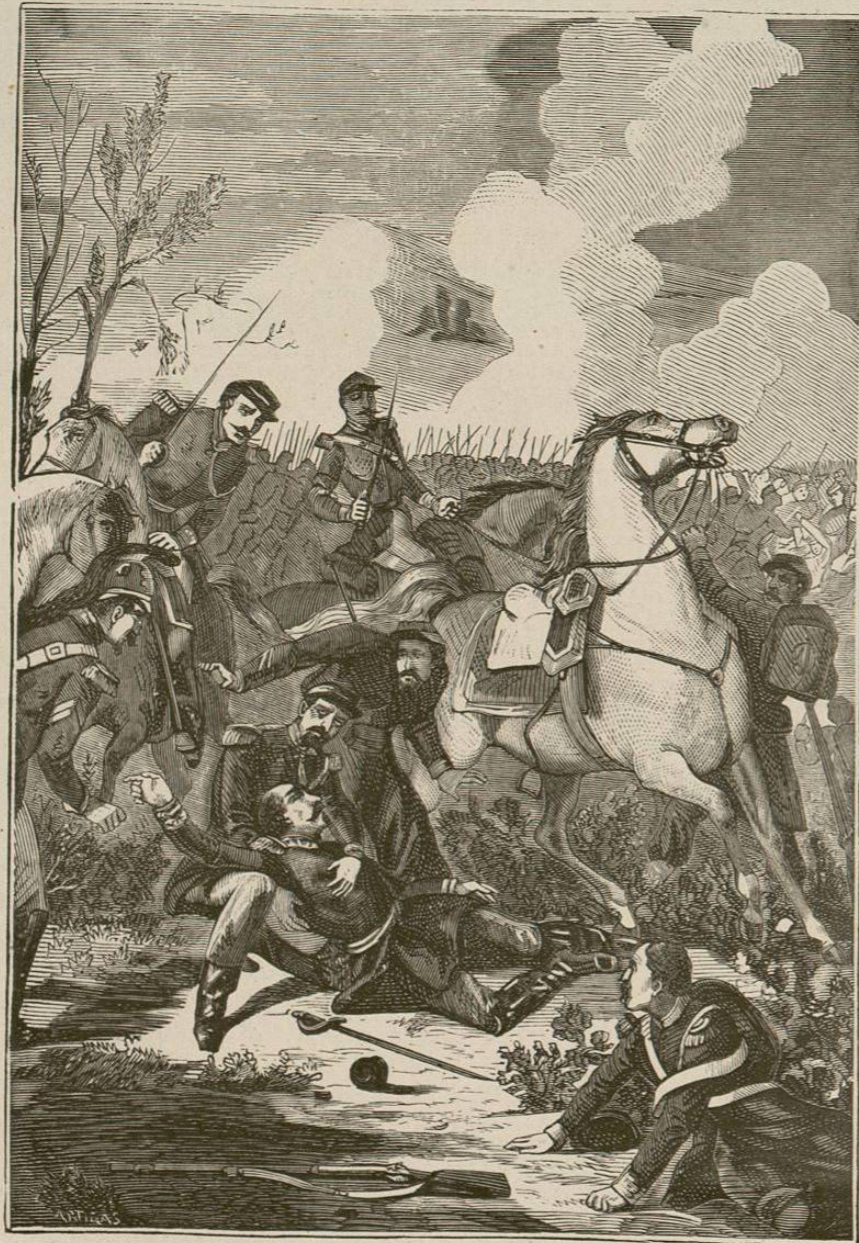
El torrente de soldados piemonteses tenia invadidos los principales puntos estratégicos de las Marcas y de la Umbría; Lamoricière creyó oportuno concentrar su ejército en las cercanías de Loreto, que ya en posesion de los usurpadores fue reconquistado el dia 16 de setiembre por los defensores del derecho. En aquellos cuerpos, bendecidos por la proximidad del célebre santuario, tuvo lugar el primer combate sério, y la primicia de sus víctimas fue Misael de Pas, de quien el capellan de los francos belgas dijo: «Es la flor de mis ángeles y de mis bravos.»

En el momento en que iba á romperse el fuego, el abate Cailland, colocado al frente del peloton de la vanguardia exclamó: «Os cabe la honra de combatir por la Iglesia, sed de ello dignos, aprovechaos de esta gracia; Dios no os pide sino un pensamiento de amor y de contricion. Preparaos, voy á absolveros.»

Todos los bravos inclinaron la frente y doblaron una rodilla; solo la figura del sacerdote permaneció en pié derramando el perdon y la tranquilidad sobre el alma de los generosos guerreros.

La victoria pasajera de aquel dia no era sino el exordio de un combate mas rudo. Los soldados de la fe, aceptando el plazo que el cielo les concedia de vida determinaron prepararse para una santa muerte. Un testigo ocular, citado por Sainte-Albin, describe las escenas que pasaron en Loreto: «El martes 18, dice, desde el apuntar el alba tuvieron lugar episodios dignos de las mas curiosas épocas de los cruzados... á las cuatro de la mañana Lamoricière, Pimodan, el Estado mayor, los guias, los francos belgas, los regimientos alemanes, los extranjeros, los artilleros, los indígenas, todos recibieron el cuerpo del Señor sacramentado. Á la mayor parte de ellos yo les vi prosterados sobre aquel pavimento tocado por tantas frentes. El recogimiento de dos generales tenia algo de grave, de solemne, que me emocionó vivamente... Al salir de la iglesia un suizo me dijo: «Hé ahí una carta de mi madre; roga por mí, padre, porque no nos veremos mas hasta que nos encontremos en el cielo; vamos á derramar la sangre por la Iglesia y por el Papa.» En efecto, despues supe que el jóven habia sucumbido; yo cumplí su encargo remitiendo á su madre la carta, adicionada con una nota de mi mano. No tardó á divisarse en el horizonte una especie de columna de humo que se arrastraba

(1) Víctor Manuel y Cialdini tuvieron fieles ecos en los generales Fanti y Pinelli. El primero empezaba su proclama de 11 de setiembre con estas palabras: «Algunos bandos de extranjeros convocados de todas las partes de Europa al suelo de la Umbría y de las Marcas han enarbolado la mentirosa bandera de una Religion que ellos mismos conculcan...»



EPISODIO DE LA BATALLA DE CASTELFIDARDO.

por el suelo; era el ejército de Víctor Manuel; muchos franco-belgas se me acercaron, diciéndome: «Abrazadnos y bendecidnos, se acerca nuestra hora.» Y decían verdad.

«Pronto los dos ejércitos estuvieron al alcance de los proyectiles. Farini se presentó al general Lamoricière, portador de una intimación de rendimiento por Fanti. Lamoricière contestó: «Vosotros sois innumerables, y nosotros somos pocos; mas los franceses, no contamos los enemigos antes de batirnos; la «Francia está á nuestras espaldas!»

Por desgracia de aquellos heroicos adalides, si bien el espíritu del pueblo francés estaba con ellos, no así la Francia oficial, que tenía celebrado íntimo y secreto pacto con los adversarios de la causa pontificia.

No describirémos la batalla de Castelfidardo. El General en jefe de las tropas papales ha legado á la historia un documento precioso, que tal calificativo merece la memoria elevada por el general Lamoricière á Mons. Merode, ministro de la Guerra, que abarca, en las cuatro partes que contiene, minuciosos detalles, no solo sobre las operaciones militares de la gran batalla sino acerca de sus antecedentes y consecuencias en los resultados de la defensa pontificia.

Á causa de la extensión de aquel documento, insertarémos su traducción al fin de este tomo.

En Castelfidardo el Piamonte luchó contra un ejército que no llegaba á reunir una quinta parte de personal del que constituía el suyo. Falto de derecho, todo lo confió á la fuerza bruta; y en verdad, colocada la cuestión en tal terreno el Piamonte obtuvo la preponderancia. Lo de Castelfidardo fue mas bien que batalla una carnicería horrorosa. Y es indudable que si hecho semejante hubiera acontecido con perjuicio de cualquier otro país, ó de cualquiera otra causa, que no fuera la italiana, la diplomacia europea alzaría hasta las nubes el grito.

No es fácil pintar aquí ni siquiera las escenas clásicas de valor, y hasta de heroísmo, que tuvieron lugar en aquel brillantísimo hecho de armas. Los soldados de Lamoricière fueron vencidos por el hierro; empero, la victoria moral les pertenece. Está escrita aquella página de sangre y de oprobio para los revolucionarios de la Italia; ella pide justicia, no venganza, á la recta Providencia, y la justicia se hará. El castigo de tantos atropellos caerá, cuando se cumpla el plazo otorgado por el Rey de los reyes; la sangre de las víctimas caerá gota á gota sobre una corona manchada ó sobre una tumba maldicienda. Hay iniquidades que no pueden quedar impunes, porque su impunidad equivaldría á la negación de la intervención providencial en la marcha de las generaciones.

De todas maneras, los fieles soldados de la bandera pontificia ostentaron sorprendente bravura, siendo justo consignar aquí que los honores del acto pertenecieron á los hijos de la Francia y de la Bélgica.

En aquella batalla, siempre memorable, sucumbió entre muchos centenares de bravos y santos guerreros, el insigne Jorge Augusto, Elías de Rarecourt de la Vallée de Pimodan. Cuando la insurrección del año 1830, Pimodan, que contaba la edad de ocho años, emigró con su abuelo el baron de Frénilly, adicto especialmente á la casa real de Francia. Pimodan entró en el colegio de padres Jesuitas de Friburgo, donde obtuvo una educación cumplida; mas tarde fue recibido en la escuela imperial de Neustadt. Hizo frecuentes viajes por

Alemania, visitando los campos que fueron teatro de las hazañas militares de su patria á principios del siglo. Una de sus necrologías consigna, que cierto día en uno de los arrebatos de genio é inspiracion que sienten los grandes talentos militares en los albores de su carrera, exclamó: «No ambiciono en el mundo otra gloria que llegar á general y morir en medio de una batalla, dando una carga al frente de mi brigada.» Con autorizacion del Gobierno francés entró en el servicio del Austria, reservándose el derecho de separarse del mismo en el caso de que el ejército austriaco combatiera un día contra el francés. En 1855, previendo el choque de ambos imperios, se retiró del lado de Francisco José, del que era oficial de ordenanzas. Hizo la campaña de Italia á las órdenes de Radetzki, y la de Hungría, al mando de Windisch-Graetz.

Encargado un día de atravesar á Venecia insurrecta para llevar ciertos despachos á Verona, fue conocido y preso. Manin, jefe de la insurreccion veneciana, trató de seducirle con promesas de oro; mas su fidelidad era inquebrantable. Indignado ante aquella accion vil, exclamó: «Señor, yo pertenezco á una familia distinguida y soy oficial del Emperador. No conozco mas tesoro que el cumplimiento de mi deber.» Desdeñó con nobleza dinero y libertad, bien que su perspicacia le sugirió medios de evadirse de la fortaleza en que se le encerró.

En la campaña de Hungría cayó prisionero del general Perckzel, comandante de la fortaleza de Piterwardein. Pimodan concibió el plan de apoderarse de la fortaleza, y tenia ya adelantada la trama de la conspiracion cuando fue descubierto su intento. Juzgado y condenado á muerte por un consejo de guerra, próximo veia su fin, y ya habia escrito en el dintel de una de las ventanas de su prision el «Adios» á su familia, y una frase cariñosa á su madre, cuando las complicaciones políticas le devolvieron en el goce de su libertad, que no creia poder ya jamás disfrutar.

Su valerosa espada era digna de defender la mas noble causa puesta en cuestion por nuestro siglo. En la batalla de Castelfidardo Pimodan ocupaba uno de los mas arriesgados puestos; al sentirse por primera vez herido, exclamó: «Valor, hijos míos, Dios está con nosotros;» herido consecutiva y casi instantáneamente tres veces, fue derribado del caballo, aunque no fue desarmado su valor, su serenidad, su sangre fria. Á los soldados, que querian retirarlo del campo de batalla y que le presentaban agua para refrigerar la sed, causada por sus heridas, les dijo: «Dejadme, aquí se muere perfectamente, yo no necesito vuestros servicios, la causa pontificia sí; volved al combate.» El valiente general murió lleno de sentimientos de fe cristiana. Exequias fúnebres se celebraron en su memoria en las principales ciudades del mundo, descollando por su significacion é importancia las que Pro IX dispuso tuvieran lugar en la basílica de Santa María en Transteverre, en cuyo acto por inspiracion del mismo Pontífice se colocó en el frontispicio del enlutado templo la siguiente inscripcion:

GEORGIO. DE. PIMODAN.
VIRO. NOBILISSIMO.
DULCI. FORTISSIMO
QUEM. PRO. SEDE. APOSTOLICA
MAGNÆ. ANIMÆ. PRODIGUM
CATHOLICUS. ORBIS. LUGET

PIUS IX, PONT. MAX.
SUE. ET. ROMANÆ. ECCLESIE. NOMINÆ
SOLEMNE. FUNUS
TANTA. VIRTUTIS. ET. PIETATI. DEBITUM.
MERENS, PERSOLVIT.

No es posible ambicionar una gloria mas alta que la que irradia de estas palabras: «PIO IX, PONTÍFICE SUMO, en su nombre y en el de la Iglesia romana, lleno de dolor, hace estos solemnes funerales debidos á TANTA VIRTUD y á TANTA PIEDAD.»

Los hechos de Pimodan pudieron ser celebrados, porque fueron visibles, á causa de la dignidad de que se hallaba revestido en la milicia; empero ¡cuántos soldados se portaron como verdaderos héroes en aquella admirable campaña! La cristiandad entera empezó á calificar aquellas víctimas de *mártires de Castelfidardo*.

Excepcion hecha de las almas abrasadas por el fuego de una impiedad sistemática, la victoria del Piamonte excitó la animadversion y el desprecio universal; la *Emancipacion belga*, periódico que está léjos de merecer la nota de fanático, escribia: «Nos dirigimos á la conciencia de la humanidad entera, nos inspiramos en los sentimientos que hacen latir el corazon de cuantos merecen ser llamados hombres, cualesquiera que sean sus banderas, sus deseos y sus creencias.

«Vergüenza al que no comprenda la grandeza de una adhesion absoluta, de un sacrificio sin reserva por la causa que se cree de la justicia y de la verdad; vergüenza al que no se conmueva ante tal espectáculo, cualesquiera que sean sus ideas y sus dudas. Este sacrificio y esta adhesion son los del general Lamoricière, son los de tantos jóvenes á quienes el rango y la fortuna proporcionaban una existencia cómoda, á quienes los afectos y la felicidad atraian al suelo natal, y á quienes no han podido retener tantos lazos.

«El mas glorioso quizás, el mas querido sin duda de todos los generales de África, ha sufrido voluntariamente la injusticia y los insultos de las pasiones populares. Él ha desafiado la opinion de su tiempo, ante la cual se doblegan tantos hombres valerosos que saben desafiar á la muerte. Íbero del recuerdo de aquellos admirables soldados que representan, por decirlo así, el pensamiento de su jefe y adivinan sus órdenes, manda hoy á tropas que no tienen otro lazo que el de una fe comun y cuya adhesion no puede compensar la inexperiencia; reunion precipitada de veinte pueblos diferentes en inclinaciones, en costumbres y en idioma. El antiguo general francés conoce hoy esta tortura y duda de sus soldados. Despreciando los insultos prosigue su tarea sin recompensa, sin gloria y casi sin esperanza.

«Por un indigno abuso de la fuerza, el defensor de la Santa Silla es atacado por tropas seis veces mas considerables que las suyas, y este es el momento que eligen algunos adversarios para lanzar sobre Lamoricière y sus soldados el insulto y la calumnia.»

El *Times* de Lóndres, periódico que en su calidad de anglicano es naturalmente antipapista, creyó deber tomar la defensa de Lamoricière y de sus soldados, blanco de la obsecracion de las masas impiamente influidas. «El general Lamoricière, decia aquel periódico, aceptó con razon ó sin ella el puesto de comandante en jefe del ejército pontificio. Acompañáronle algunos de sus